


Rosa nació una mañana de primavera,
cerca de la costa de un secreto lugar
de América del Sur.

Sus padres la llamaron Rosa,
porque llegó al mundo con un extraño
y maravilloso color rosado.

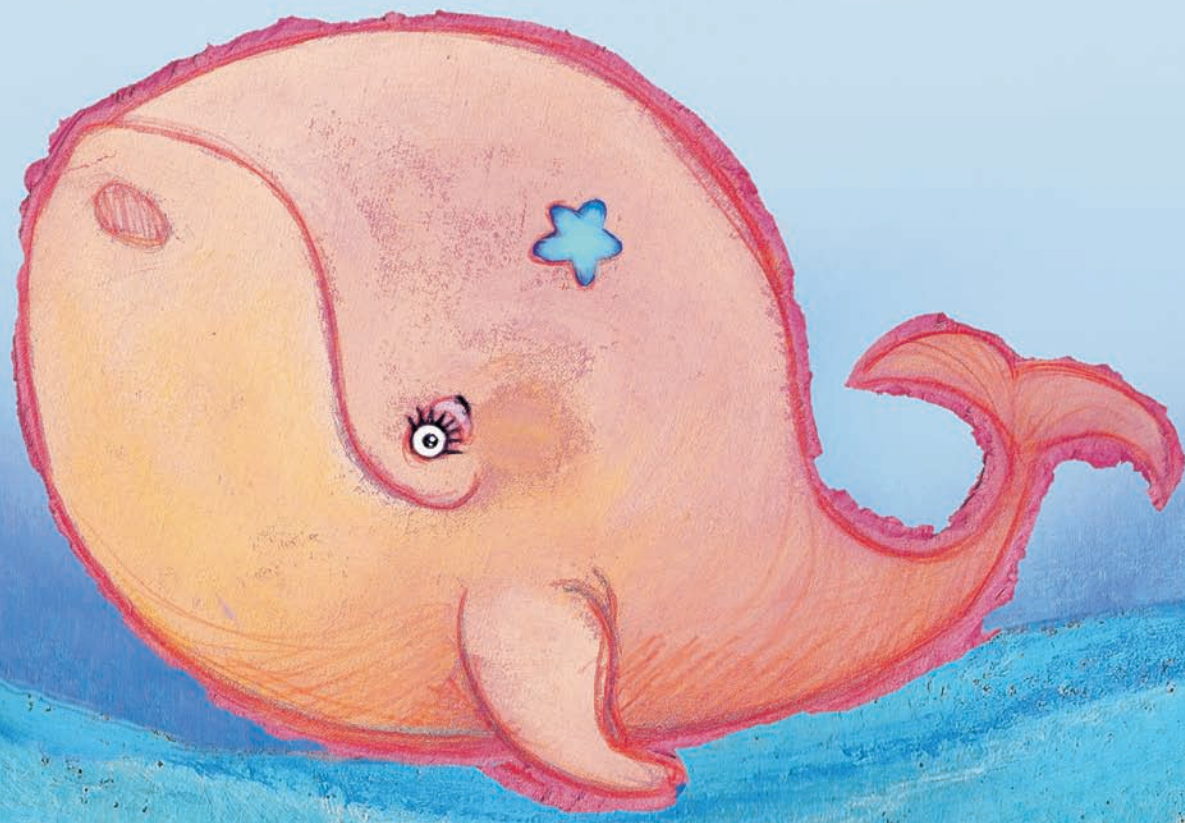


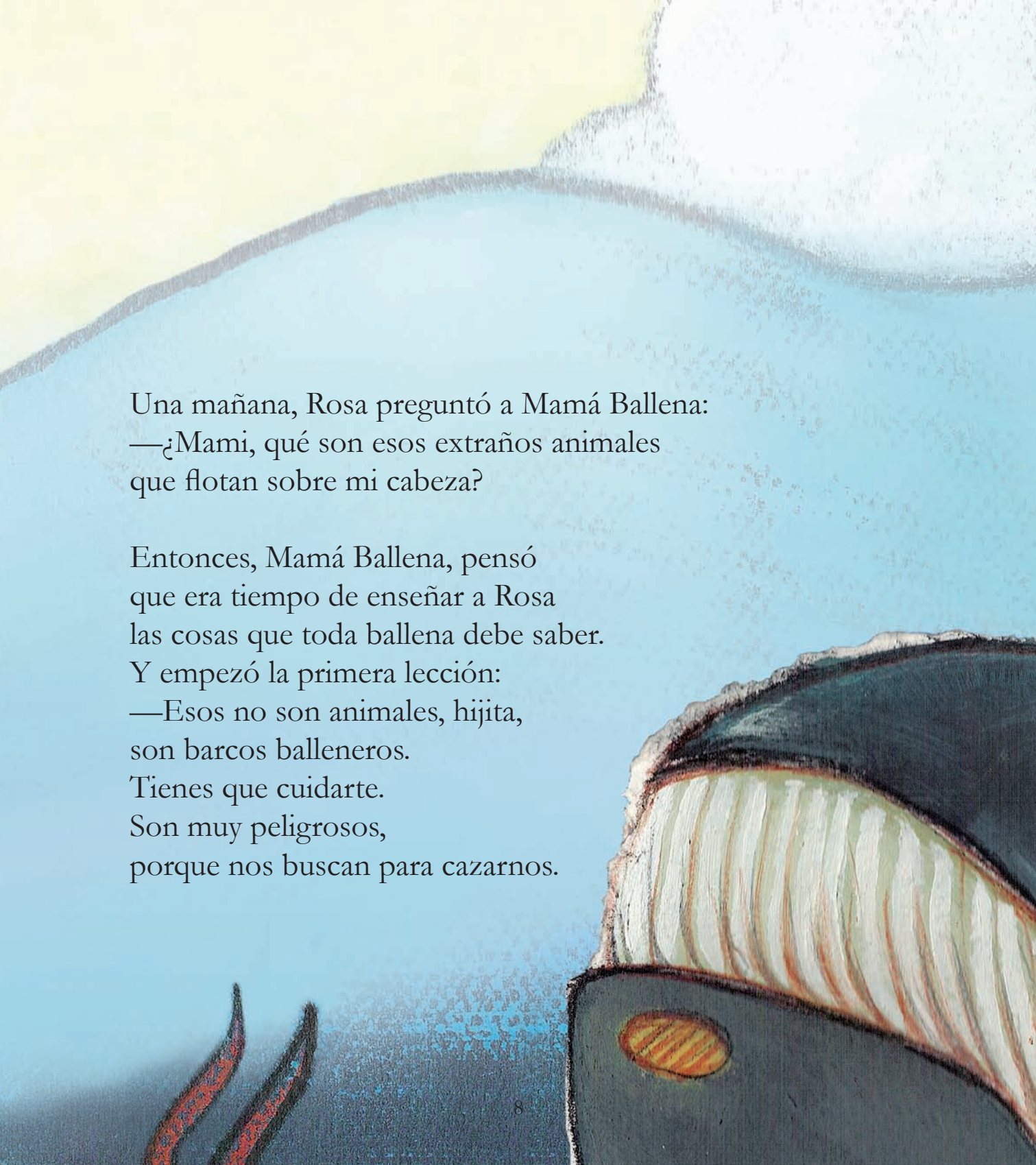




Rosa pasó sus primeros meses
como cualquier ballenato:
tomando leche de su mamá,
jugando con su papá
y haciendo largas siestas.

Con el tiempo,
Rosa se hizo cada vez más grande,
más fuerte y más curiosa.





Una mañana, Rosa preguntó a Mamá Ballena:
—¿Mami, qué son esos extraños animales
que flotan sobre mi cabeza?

Entonces, Mamá Ballena, pensó
que era tiempo de enseñar a Rosa
las cosas que toda ballena debe saber.
Y empezó la primera lección:
—Esos no son animales, hijita,
son barcos balleneros.
Tienes que cuidarte.
Son muy peligrosos,
porque nos buscan para cazarnos.



Hasta que llegó el día
de la lección más importante.

Rosa debía dejar de tomar leche
y aprender a comer krill, el
alimento que comen las ballenas
para seguir creciendo.

Mamá Ballena se sumergió en el mar.
Recogió un montón de krill,
como si su boca fuese una cuchara,
y se lo comió de un solo bocado.

